

costados cubiertos de verdor limitan el horizonte que puedo ver desde mi ventana: mi imaginación se lanza sin cesar por esas espesas sombras y por las soberbias ondulaciones de los valles y de las colinas que se presentan á mi vista.

M. Grenier, á quien participo mi idea, me busca un compañero de viaje llamado Abels, que ha sido empleado del gobierno, conoce perfectamente el país y se encarga de todos los preparativos necesarios para aquella ascension, tales como carruajes, víveres, replevos de caballos de montar, mozos, etc.

Salimos el lunes á las cinco de la mañana. La primera parte del viaje que debia hacerse en carruaje, se verificó sin novedad; pero cuando llegamos al sitio en que debian encontrarse los primeros caballos de silla, ni los habia, ni persona alguna. Nos ponemos á deliberar, y como siempre sucede, se dividen las opiniones: M. Abels cree que debemos volver atrás, y yo por el contrario, opino que debemos ir á pie hasta el segundo relevo. El asunto parece grave, y si nos falta el segundo relevo, nos encontraremos muy distantes de Boghor y del punto á donde nos dirigimos, y no hallaremos asilo: además, no es prudente pasearse á pie por los bosques de Java. Sin embargo, síguese mi opinión, y emprendemos la marcha. Mis armas se reducen á un rónco que me ha prestado un indigena y á una navaja vieja de afeitar que me sirve para afilar los lápices: hemos tomado para que lleven mis carteras, los vestidos y las provisiones dos *coolies* armados de sables indios, que se llaman *goloos*.

Atravesamos admirables bosques en que los bambúes figuran en primer lugar y donde son mas gruesos que en ninguno de los otros puntos que he recorrido. Los terrenos sembrados de piedras y cubiertos de musgo, me recuerdan los de las Cevenas; pero la vegetación del país me indica que estoy en el otro extremo del mundo.

Al cabo de tres horas de marcha llegamos al segundo relevo, donde encontramos al chino que nos ha alquilado los caballos, y que se lamenta de la equivocación que nos ha obligado á andar el camino á pie, y nos da dos buenas yeguas con sus potros, y refuerza nuestra escolta con dos hombres.

Sigue su marcha la pequeña caravana, yendo delante el guía de nuestro chino, despues M. Abels, luego yo y detrás los potros seguidos de los coolies. Andábamos nuestra ruta segun la costumbre de los indios en circunstancias semejantes, uno detrás de otro formando una sola línea. Pasamos un torrente donde se hubieran dejado las piernas los mejores caballos de Europa y subimos una serie de montañas tan escarpadas que me costó sumo trabajo no caerme, y de cuando en cuando tenia que echarme sobre el cuello de mi cabalgadura para no deslizarme. Por último llegamos á la cima, donde dejamos descansar á

nuestros caballos, cuya respiración nos indicaba su fatiga.

La magnificencia del paisaje me hubiera detenido allí algun tiempo, pero era preciso adelantar. Atravesamos países escabrosísimos y campos de rocas tan altas que salvaban á nuestras yeguas, de modo que me ví precisado á cruzar los pies sobre la silla para que no me estropeasen las piernas los pedruscos por entre los cuales pasaba mi cabalgadura.

Luego nos encontramos en una pendiente tan rápida y tan larga, que á cada momento temí dar una vuelta por encima del cuello de la yegua y rodar Dios sabe dónde. Atravesamos un rio, y despues de grandes esfuerzos para subir al otro lado, llegamos á un bosque de moscadas de Chien-Panas, donde encontramos un camino cubierto de césped que nos da tiempo para descansar de nuestras pasadas emociones.

La nuez moscada, fruto de la mirística, se parece mucho al albaricoque: tiene el mismo color y tamaño; su corteza exterior se abre en la época de la madurez y permite ver en el interior la nuez envuelta en filamentos de un hermoso color encarnado. Los árboles tienen forma piramidal y la altura de nuestros grandes manzanos; son de un verde oscuro, y se doblan con la abundancia del fruto. La cosecha que tengo á la vista debe representar una cantidad enorme, porque cada nuez se vende próximamente á 16 céntimos de real, y en todo lo que se estiende mi vista solo veo mirísticas.

Pero se acaban los senderos cubiertos de césped y el bosque de mirísticas y nos encontramos en frente de una pared de verdor hácia la cual se adelanta resueltamente nuestro guía.

—¿A dónde vá ese hombre? pregunté á Abels.

—Vá por el camino que debemos llevar, me contestó.

—¿Y es ese nuestro camino? ¿Esa pared? ¿Esa muralla? ¡Dios nos asista!

Figúrese el lector una especie de sembrado gigantesco de trigo cuyas cañas fuesen mas gruesas que el dedo, tuvieran 6 ó 7 metros de altura y estuviesen unidas unas á otras por innumerables plantas trepadoras.

Aquel impracticable camino no arredra á nuestro guía, sino que llamando para que le ayude á uno de los coolies, y armándose con su sable, avanza cortando á derecha é izquierda, seguido del coolí, que derriba lo que él deja de pie, y nuestras caballerías entran en la senda que vá abriéndose delante de nosotros.

Nos hallamos en los *jungles*.

Al cabo de pocos minutos no vemos cielo ni tierra, y no comprendo cómo se arreglan los indios para orientarse. Tengo en los codos y en las rodillas milla-

res de espinas. De cuando en cuando atravesamos escasos boquetes cuyo suelo pisado me da no poco cuidado.

—¿No hay tigres en estos sitios? pregunté á mi compañero.

M. Abels llama á uno de los mala yos y le repite la pregunta.

«*¿Apa-ada mattian s'ini?*»

El mala yo se pone pálido, contesta que no, y ruega á M. Abels que no hable del asunto.

—Siento no haberme acordado antes, dijo éste, hubiera querido demostraros hasta qué punto temen los indigenas á los tigres: nunca hablan de ellos sino en tercera persona y jamás pronuncian la palabra *mattian*.

Entre tanto la vegetación nos oprime y nos envuelve: atravesamos espesuras formadas de plantas arborescentes, helechos y plátanos silvestres, tan próximos unos á otros, que no comprendo cómo podemos andar: las espinas se nos clavan mas que antes en los brazos, en las piernas y en la cara, y las hojas de glagas, cortantes como navajas de afeitar, nos sajan las manos; pero para consuelo vemos de cuando en cuando lindísimas serpientes que nos miran al pasar arrolladas en lo alto de los arbustos.

Despues de dos horas de aquella penosa marcha llegamos á un claro, donde nos detuvimos. Los hombres y los caballos estaban llenos de sangre y necesitábamos imperiosamente algun tiempo de descanso; pero por otra parte no podíamos perder ninguno. El Salak es completamente inaccesible por el lado de Buitenzorg, y para subir á él hay que costearle hácia el Norte, y el dia iba adelantando. Habíamos andado tres cuartas partes del camino, pero era el mas fácil, y nos quedaba que trepar al último pico de la montaña.

Cogimos caballos de refresco enviados de antemano por el chino, nos pusimos en marcha, y en hora y media de buen paso, atravesando obstáculos extraordinarios, llegamos á la base del cono del volcan. Nos encontramos en lo que se puede llamar con verdad un bosque virgen, porque muy pocos han subido al Salak. Los árboles son inmensos y puede juzgarse de su magnitud por los enormes troncos que se han caído de viejos y forman montañas que hay que escalar á riesgo de romperse la cabeza. Aquellos montones de troncos resbaladizos por el calor húmedo de las regiones elevadas, forman los sitios mas difíciles de atravesar que conozco: á cada paso se tropieza y se cae en aquel suelo movable y resbaladizo, desapareciendo algunas veces en cavidades húmedas donde solo podria gozar un rabioso naturalista buscando reptiles. Además los árboles que están de pie se hallan tan juntos en algunos sitios que apenas dejan paso, y la presión que sus tallos ejercen, nos indica-

ban el balanceo que el viento imprimia á sus copas.

No hay nada á qué comparar la grandiosa calma de los bosques de la India, interrumpida solamente por el canto de algunos pájaros y especialmente del que hace una escala cromática muy prolongada y perfectamente ejecutada. Además, todos los sonidos que se oyen en el seno de aquella virgen y vivaz naturaleza, producen en el europeo que los escucha un efecto nuevo y extraño: ya es una lejana riña de monos ó el ronco grito de un papagayo, y constantemente y en todas partes el dulce arrullo de las tórtolas. Aquí las armonías del viento en los árboles son completamente diversas del susurro de nuestros álamos movidos por la brisa de la tarde y de los crugidos de nuestras encinas al áspero soplo de la tempestad. Este es un ruido metálico producido por el roce de las brillantes hojas en la cima de los árboles, porque los árboles de los trópicos no tienen apenas hojas sino en la parte superior. Se oyen pocos zumbidos de insectos, aunque á veces pasa por junto á la cara del viajero con un silbido semejante al de una piedra lanzada con fuerza, un grueso insecto negro de brillantes alas, ó enormes mariposas pardas ó irradiadas de negro, cuyo vuelo pesado y silencioso produce algo de sorpresa; ó bien insectos volantes encarnados y azules que se cruzan en todas direcciones. Los troncos de ciertos árboles se hallan cubiertos de numerosas familias de ardillas pequeñas que entretienen al viajero con sus vivos movimientos y su carita gesticuladora.

En los junglares reina un silencio absoluto é imponente que causa una penosa impresión de abandono y de completa soledad, oyéndose apenas de cuando en cuando el croajar de las ranas.

Al llegar, á un tiro de fusil de la cúspide de la montaña nos vimos precisados á detenernos á causa del cansancio, del calor y la sed. Los coolies empiezan entonces á cortar en derredor nuestro todos los árboles que impiden la vista y hacen anchas rozas al lado del Bantan hácia Batavia y hácia la cadena del Pangrango. El panorama es magnífico. Vemos el estrecho de la Sonda, el mar de Java y los buques de la rada de Batavia semejantes á unos puntos negros en una cinta azul. Las llanuras que se estienden á nuestros pies presentan una rica colección de colores verdes de todos matices desde el gris plateado de los cafetales, hasta el verde suave del arroz naciente. Los caminos serpentean en medio de aquel océano de verdor y desaparecen á lo lejos en esa bruma opalina que envuelve la tierra y el cielo sin disminuir por eso la ardiente luz que inunda lo mismo los primeros términos que los fondos mas apartados.

Despues de haber admirado á mi placer aquel espectáculo encantador quise completar mis goces encendiendo un cigarro; pero la humedad habia inutili-



zados los fósforos y la yesca. Uno de nuestros coolies al ver mi disgusto desapareció por algunos momentos internándose en la espesura que nos rodeaba, y volvió al poco tiempo con un pedazo de bambú seco, y le empleó en formar el aparato llamado en mala y *meroa* (1), cuyo valor es inapreciable para proporcionarse fuego en cualquier situación. A los pocos minutos teníamos encendidos los cigarros.

Entre tanto adelantan rápidamente hacia nosotros las nubes del Sudoeste, y el tiempo, que hasta entonces había sido bueno, se convierte en lluvioso hasta el punto de obligarnos á renunciar á la ascension del Salak. Nos costó sumo trabajo volver al sitio en que



Banianos en el interior de un bosque de Java.

de Java. En las pendientes que un perro bajaría con dificultad, estos caballos se sientan sobre sus patas

(1) El *meroa* es seguramente uno de los mas curiosos instrumentos inventados por los pueblos salvajes para encender lumbre. Se compone de cuatro piezas, una pasiva y tres activas.

La primera es un trozo de bambú de 40 centímetros de largo y 4 de ancho; uno de sus extremos termina en punta y uno de los lados debe tener un corte afilado. Las otras tres piezas son dos pedazos de bambú exactamente iguales en longitud y que se adaptan perfectamente. En cada trozo se hacen muescas que se ensanchan hacia el interior del bambú y que corresponden una con otra cuando se unen los dos palos: el otro trozo de bambú que lleva en su superficie convexa una muesca poco profunda, se adapta en la cavidad que presentan los otros reunidos.

Para encender lumbre se principia por plantar sólidamente en el suelo el primer trozo de bambú, dándole una inclinacion de 45° próximamente. Entonces se unen con las dos manos las tres últimas piezas, despues de haber colocado en una de las muescas anchas una viruta de bambú, y se han de frotar las tres piezas colocadas así y que no forman mas que una en el

habíamos dejado nuestros caballos, y el terreno se puso tan mojado y tan resbaladizo, que nos caimos muchas mas veces que á la subida, y dudábamos volver sanos y salvos á Boghor.

Nuestros vestidos están desgarrados, destrozados nuestros zapatos, y mi sombrero se parece á un monstruoso acerico en que las espinas reemplazan á las agujas.

Los coolies nos aconsejan que montemos á caballo á pesar del peligroso estado del suelo, y hacemos bien, porque nos hubiéramos caido diez veces donde nuestros caballos no tropezaban siquiera. Nada hay mas admirable que el instinto de los caballos de las montañas

Norte para llegar cuanto antes á una casa donde abrigarnos.

Este rodeo me proporcionó la ocasion de ver uno de esos árboles gigantescos que se multiplican introduciendo en el suelo las ramas, que se convierten en nuevos tallos unidos al tronco principal. He dibujado uno de los sitios mas pintorescos formado por aquel árbol, pues á decir verdad, no he podido saber dónde principia ni dónde acaba. Los coolies nos dijeron que aquel árbol se estendia á gran distancia, pero que no habían ido á ver dónde terminaba.

—*Debe haberlos aquí*, añadió el que hablaba dirigiendo miradas oblicuas á los puntos mas espesos.

—¿Lo habeis oido? me dijo M. Abels, parece que estamos en peligrosa compañía.

A los pocos pasos oimos los gritos de una manada de pavos reales, señal segura de que el indio no se había equivocado, porque los tigres y los pavos reales habitan siempre en los mismos sitios.

Nada vimos sin embargo, pero el guarda de los cafetales, en cuya casa nos detuvimos, nos dijo que la noche anterior había andado un tigre tan cerca de su



Puente de Bambú.

casa, que oyó su respiracion al través de las paredes de bambú y que la fiera había permanecido algunas horas junto á su alcoba.

Por último la lluvia cesó repentinamente como había principiado, segun sucede siempre en la India, y proseguimos nuestro camino hacia Boghor, donde llegamos estenuados de fatiga sobre las siete de la tarde despues de catorce horas de marcha, bajo el ardiente sol del Ecuador.

En los dias de descanso que tomé para reponerme de mis fatigas, asistí á una danza de bayaderas dada debajo de un baniano en los alrededores de Boghor.

El árbol magestuoso cubria con sus numerosas ramas á una multitud de gente que había acudido de las inmediaciones. Al pie del árbol se hallaba la orquesta (*gamelhang*), formada principalmente de chinoses, gongos y tam-tams, cuyos sonidos sofocaban los del violin indígena hecho con una piel de serpiente, una concha de tortuga ó un coco vacío, y

cuyo arco frota alternativamente las cuerdas de encima y debajo.

Algunos instrumentos de madera con boquillas de cobre lanzaban de cuando en cuando notas agudas y estridentes en aquella horrible bataola cuyo compás se llevaba con unos pequeños palillos de cobre. Toda aquella música era en resúmen un conjunto de espantosos golpes de tam-tam que agitaban el aire con sus formidables vibraciones.

En medio de los músicos había una mujer que sobre una estera se entregaba á los ejercicios de dislocacion que forman la danza indígena. El traje de la bayadera se compone del indispensable *sarhong*, pero en la cintura lleva colgados por una de sus puntas multitud de pañuelos de todos colores que son los regalos de los numerosos admiradores de la Taglioni javanesa. El cinturón que es de plata dorada y algunas veces de oro, está abrochado por delante con una chapa de plata y al lado de ella cuelgan lindas joyas mala-



yas, botes de pomada para blanquear los dientes, braserillos, llaves cinceladas, etc. Su cuerpo va ceñido con un corpiño blanco muy ajustado y sin mangas, encima del cual se cruzan dos bandas bordadas de oro, una encarnada y otra negra que principian en los hombros y se unen en la chapa del cinturón.

Pero no está sola en la escena porque de cuando en cuando aparece un hombre que hace un papel en que entra el canto y la pantomima. La bayadera le contesta con ademanes y algunas veces con espantosos gruñidos.

Los indios son extraordinariamente aficionados á aquellas contorsiones y á aquella espantosa barahunda. Al verlos embelesados seguir con sus movimientos el compás de la música, al oírlos notar los incidentes de la escena con la voz ó golpeando con la palma ó con el dorso de sus manos los objetos que se hallan á su alcance, se comprende fácilmente que aquellas danzas que llaman *toppengs*, y en otras partes de la isla *ronghengs*, son uno de sus mayores placeres.

Ya habia yo observado en Batavia y en Surabaya la afición de los indígenas á representaciones teatrales, pero sin poderme explicar bien la causa de su placer. La acción es muchas veces incomprensible para los europeos, pero generalmente tiene por motivo el amor, que es el eterno argumento de la comedia. Algunas veces es un drama pueril como el siguiente.

La bayadera temerosa sin duda de quedarse para vestir imágenes, manifiesta su disgusto por medio de lánguidas actitudes. Vá y viene en la estera que le sirve de alfombra, estira los brazos, se dobla hácia atrás y murmura una lastimera canción. Durante aquella primera parte, que es muy larga, el bailarín su compadre, está echado con indiferencia en un rincón; pero llega el momento en que su papel le obliga á entrar en escena y se levanta, se acerca á la bailarina y le hace una declaración que la coqueta rechaza de una manera inequívoca. Insiste él, redobla las manifestaciones apasionadas y humildes, y llega hasta el punto de cubrirse la cara con una máscara que termina en el labio superior, y cuyos ángulos inclinados hácia la barba dan á su fisonomía la más cómica de las tristezas. ¡Todo es en vano! En el momento en que la elocuencia de sus ademanes llega al apogeo, recibe en la nariz un formidable abanicazo.

Furioso con tan sangriento insulto, nuestro hombre saca entonces una cara pintada de bermellón que hace girar con ferocidad los ojos y enseña una espantosa fila de dientes. Aquella es la máscara de la cólera como la primera lo era del dolor. Nuestro héroe se adelanta entonces amenazador hácia la hermosa coqueta y le prueba sus sentimientos con una serie de ademanes duros, saltos y brincos cada vez más exagera-

dos. Asustada la joven del mal que ha causado y de la cólera que ha promovido, se retira á un rincón, y sin duda se arrepiente de su excesivo rigor.

Sin embargo, la detiene su amor propio, porque no quiere ser ella quien dé el primer paso, pero al ver que el bailarín tira su máscara de furioso y toma de nuevo la actitud humilde y que se suaviza su fisonomía, se rinde á tanta grandeza de alma, se levanta fascinada, se acerca á su tirano y le jura completa obediencia siguiendo todos sus movimientos, de modo que adelanta cuando adelanta él, retrocede con él, y en breve principia la danza, á la cual el conquistador la invita.

Otras veces forman el objeto del drama los chinos, sus defectos y sus caracteres.

El bailarín se disfraza de chino; se viste con una camisa blanca y se coloca en la cabeza un cráneo positivo de donde sale una pequeñísima trenza, (lo cual es el colmo del ridículo para un hijo del celeste imperio), y caricatura los inconvenientes que resultan de una imprudente glotonería. Se ha comido una anana entera y le principia á doler el vientre en el momento en que estaba tratando un asunto con un malayo y se preparaba á robarle escandalosamente. Cada gesto que hace para persuadir al malayo es interrumpido por contorsiones significativas y graciosas, y cada argumento queda cortado por ademanes y suspiros extravagantes, exagerados con mucho ingenio.

Los chinos son afeminados y mezquinos, y los malayos lo saben y se burlan de ellos.

Lo más grotesco que he visto es una representación del género de la que acabo de describir, pero cuyos actores eran dos monos vestidos exactamente como los *toppengs*, y que imitaban con rara perfección sus movimientos tradicionales. Daba gusto verlos balancearse, mover las caderas, ponerse en jarras y dar vuelta á sus manos, y cualquiera hubiera dicho que eran dos hombrecillos, porque la imitación era perfecta. Pero á la menor distracción de su empresario, los dos actores se olvidaban de sus papeles, aprovechándose de ella para pellizcarse y arrancarse los pelos, y si la distracción se prolongaba, se precipitaban uno sobre otro, caían juntos y rodaban por el suelo, procurando morderse ó agarrarse mutuamente de las orejas.

Un día se presentó á mi puerta un indígena que me preguntó si quería que hiciera sus habilidades. Llevaba alrededor del cuerpo una especie de escala de cuerda, cuyos escalones de bambú cortados en forma de silbato escitaron mi curiosidad. Le pregunté el precio del espectáculo que me ofrecía y contestó que tres cuartos por cada acto.

Le di una rúpia y le dije que principiase.

Entonces desarrolló la escala, fijó uno de sus es-

tremos en el tronco de un árbol inmediato, pasó el otro por una de sus piernas, quedando tendidas de este modo las dos cuerdas, y se puso á tocar melodías malayas golpeando las tablas de bambú con un mazo de madera dura. La composición y la ejecución de aquellas melodías eran indudablemente muy incompletas y primitivas, pero no vacilo en dar la preferencia á este instrumento sobre todos los que he oído hasta ahora en las orquestas indígenas.

Después de haber saboreado todas las delicias que me podía proporcionar el músico me entré en el pabellón pensando que aquel hombre se marcharía inmediatamente; pero lejos de ser así pasó media hora, después una hora, y la música seguía. Vuelvo á la puerta y le digo con atención que puede dejarlo pero él protesta y continúa. Pasa otra hora, y aquel ruido seco y recortado principia á atacarme los nervios y despido formalmente al artista; pero rehusa marcharse y me contesta que le he pagado veinte y cinco horas de trabajo y que no cesará hasta que cumpla su compromiso.

Este hecho, sin embargo, nada tenía de extraordinario, y yo debí preverlo, porque durante mi permanencia en la isla de Java fui testigo en varias circunstancias de la pasión de los indígenas por todas las diversiones y de la fuerza física que artistas y espectadores despliegan durante representaciones de veinte y cuatro y treinta horas. Mr. Grenier pagó una vez á sus criados la entrada en el teatro, y éstos después de trabajar todo el día, pasaron de pie la noche entera, negándose al reposo por no renunciar á un solo incidente del espectáculo que les habían pagado.

En cuanto á mi músico (Toekan-Thialong), luego que conseguí hacerle entender que le perdonaba las veinte y tres horas de trabajo que me debía aun, se alejó muy ofendido del desprecio que yo hacia de su talento.

El día en que me ocurrió la aventura del músico, no debía acabar sin causarme una de las emociones más violentas que he sentido durante mi permanencia en Java.

Era la una de la madrugada y acababa de acostarme y de colocar el mosquitero alrededor de la cama, cuando sentí que el colchón se levantaba bruscamente por tres ó cuatro veces. Al punto me vinieron á la memoria los siniestros acontecimientos de Banjer-Masin en la costa de Borneo, donde todos los europeos habían sido degollados poco antes, y cierta historia de una fragata de guerra atacada por los indígenas. Creí en el primer momento que iba á tener lugar un San Bartolomé de blancos, y saltando de la cama, miré debajo de ella, seguro de ver brillar en la oscuridad los ojos de mi asesino.

No habia nadie.

Abrió las ventanas, y en el momento en que me iba

á apoyar en el antepecho de ella, recibí otros fuertes sacudimientos. En el mismo instante los búfalos, los caballos, las gallinas, los patos, los perros y ovejas dieron gritos de espanto, y todos los demás animales que cantan por la noche callaron de repente.

Era un temblor de tierra. El ruido subterráneo, semejante al de un lejano huracán, y los estremecimientos del suelo seguían sintiéndose y lo indicaban claramente. Salí de mi habitación lleno de terror y con el recelo de que se hundiese la casa y me enterase en sus ruinas, y apenas salí fuera, sentí otro sacudimiento más fuerte que los dos anteriores.

Todos los indios habían salido de sus chozas.

—La tierra ha temblado, me dijo uno de ellos pálido de terror.

—Ya lo he sentido, le contesté poco tranquilo. ¿Suele temblar muchas veces de este modo?

—No señor, por fortuna; porque á poco más que hubiera apretado se hubieran caído las casas.

En efecto, los sacudimientos habían sido verticales y parecía que se verificaban inmediatamente debajo de nuestros pies. La lámpara colgada en mi habitación no oscilaba apenas, pero en cambio, las ramas de los cocoteros plantados delante de mis ventanas, parecían hallarse agitadas por un viento que soplara de lo alto.

Conservo de aquel temblor de tierra un penoso recuerdo, y confieso francamente que es la cosa que más me ha asustado del mundo. La idea de que se encuentra el hombre á merced de un azote contra el cual no hay defensa, causa una horrible angustia, y la razón aumenta el espanto.

Al día siguiente por la mañana fui á pasearme al mercado, que es el punto de reunión de los indígenas que viven en los alrededores. En los grupos que en todas partes se formaban, y alrededor del *bah-bali*, que es la hostería mayor que he visto en Java, no se trataba de otra cosa más que del terremoto de la noche anterior. Supe que los sacudimientos se habían sentido á muchas leguas á la redonda, y que habían sido más fuertes en las inmediaciones de las montañas del Pangrango que en las cercanías de Boghor, lo cual me hizo suponer con algún fundamento que procedían del Guenhung-Ghedé, volcán que está en plena actividad.

Pocos días después de aquella alarma, fué á verme Mr. Abels, y me regaló una cerbatana indígena con sus correspondientes flechas. Esta arma es un tubo de 2 metros y medio de longitud y de 2 centímetros y medio de diámetro, adornado de trecho en trecho con esas maravillosas labores de corteza de rón, cuya finura y elegancia no podrían imitar nuestros más hábiles pasamaneros con sus mejores sedas. La flecha tiene 40 centímetros de largo, está reforzada hácia la punta y provista en su parte inferior de